

LOS PADRES DE LA IGLESIA



San Agustín en su gabinete.
Pintura de Sandro Botticelli, siglo XV.

Fascículo XXIX San Agustín de Hipona (2ª parte)

Parroquia Inmaculada Concepción
Monte Grande

www.inmaculadamg.org.ar

“Si queréis recibir la vida del Espíritu Santo, conservad la caridad, amad la verdad y desead la unidad para llegar a la eternidad.”

San Agustín

Su legado escrito

Con palabras de Pablo VI, se puede decir de San Agustín, “*que todo el pensamiento de la antigüedad converge en su obra y de ella brotan corrientes de pensamiento que permean toda la tradición de los siglos posteriores*”. Este Santo es el Padre de la Iglesia del que más obras se conservan.

La obra de Agustín está compuesta de más de mil publicaciones, incluyendo escritos autobiográficos, filosóficos, apoloéticos, dogmáticos, morales, pastorales, monásticos, exegéticos y polémicos. Igualmente ha llegado hasta nosotros un epistolario de 270 cartas y un conjunto de sermones cuyo número oscila entre 360 y el medio millar, variando las cifras en razón de la dudosa autenticidad de algunos de los mismos. A todo esto hay que añadir un libro de gramática, unos Principios de Dialéctica, unos Principios Retóricos, una Oración acerca de la Trinidad, ocho Versos acerca de san Nabor y unos Sumarios de sus obras mayores, cuya autoría no es del todo segura.

Confesiones [Confessiones]

Esta obra fue redactada en trece libros entre los años 397 y 400 para alabanza de Dios. Es una especie de autobiografía en forma de diálogo con Dios. Este género literario refleja la vida de san Agustín, que no estaba cerrada en sí misma, despistada en mil cosas, sino vivida esencialmente como un diálogo con Dios y, de este modo, una vida con los demás.

Ya de por sí el título, «*Confesiones*», indica el carácter específico de esta biografía. Esta palabra “*confessiones*” en el latín cristiano desarrollado por la tradición de los Salmos tiene dos significados que se entrecruzan. “*Confessiones*” indica, en primer lugar, la confesión de las propias debilidades, de la miseria de los pecados; pero al mismo tiempo, “*confessiones*” significa alabanza a Dios, reconocimiento de Dios. Ver la propia miseria a la luz de Dios se convierte en alabanza de Dios y en acción de gracias, pues Dios nos ama y nos acepta, nos transforma y nos eleva hacia sí mismo.

Este escrito está dividido en dos grandes partes:

- Libros I al IX: contienen la confesión de los errores de Agustín hasta su conversión. Terminan con la muerte de su madre Mónica en Ostia.
- Libros X al XIII: Agustín alaba a Dios y a su creación. En el libro XI se encuentra una famosa y gran filosofía del tiempo.

Él mismo escribió sobre estas «*Confesiones*», que tuvieron gran éxito ya en vida de san Agustín: “*Han ejercido sobre mí un gran impacto mientras las escribía y lo siguen ejerciendo todavía cuando las vuelvo a leer. Hay muchos hermanos a quienes les gustan estas obras*” («*Retractaciones*», II, 6): *y tengo que reconocer que yo también soy uno de estos ‘hermanos’*. Gracias a las «*Confesiones*» podemos seguir, paso a paso, el camino interior de este hombre extraordinario y apasionado de Dios.

Toda la vida de Agustín viene planteada a la luz de esta experiencia de elección y de predestinación por obra de la gracia insondable de Dios.

La Ciudad de Dios [De Civitate Dei]

En la cumbre de su ministerio episcopal, hacia el año 410, ocurrió algo que llenó de pánico los corazones de los habitantes del Imperio: Roma, considerada por los romanos como la “ciudad eterna”, había sido saqueada por los visigodos de Alarico. Cristianos y paganos provocaron los mismos sentimientos de Agustín, pero estos últimos aprovecharon la situación para recomenzar a atacar a los cristianos acusándolos de ser los causantes del desastre por haber inducido a los emperadores al abandono de los antiguos dioses, dejando éstos de proteger la ciudad. La objeción era sutil, porque muchos autores cristianos habían constituido la apología de su fe sobre la constatación y la promesa que la suerte del imperio estaría asegurada si era fiel al cristianismo. Ahora, la dramática experiencia parecía desmentir aquella teología política.

La respuesta viene de la infatigable pluma de Agustín, que para hacer frente a las críticas de los paganos, compone la más amplia apología del cristianismo que la antigüedad nos legara, los 22 libros de la «*Ciudad de Dios*».



San Agustín, Antonello da Messina, circa 1472.
Galería Regional de Sicilia, Palermo, Italia.

San Agustín trata de demostrar dos cosas:

- a) El paganismo había agotado todas sus potencialidades históricas, tanto en el plano de la organización social y religiosa, como en el plano de la cultura y de la filosofía.
- b) El cristianismo no está unido a ninguna estructura terrena, ni siquiera al Imperio cristiano, pues tiene fines universales y trascendentes.

Toda la historia humana aparece así como el campo de batalla de las dos ciudades contrapuestas, aquella del diablo, compuesta de los que se aman a si mismos a tal punto de despreciar a Dios, y aquella de Dios, compuesta por los que lo aman hasta el punto de despreciarse a si mismos. Una se vanagloria, la otra se gloria en el Señor. Una busca la gloria del hombre, la otra encuentra su mayor gloria en el testimonio de la conciencia de Dios. Solamente al fin, con el juicio universal será instaurada la paz definitiva con el triunfo de la Ciudad de Dios.

Con esta obra monumental, que amplía sobre nuevas bases históricas y teológicas el primer intento de Ireneo de Lyon († circa 202) de una “Teología de la Historia”, Agustín mostraba el camino a seguir que implicaba el abandono de todos aquellos sueños, según los cuales habría sido posible construir una perfecta sociedad cristiana en la tierra, quizás con la ayuda del emperador cristiano.

Todavía hoy este libro es una fuente para definir bien la auténtica laicidad y la competencia de la Iglesia, la gran esperanza que nos da la fe.

*“Los hombres salen a hacer turismo-para admirar las crestas de los montes, el oleaje de los mares, el copioso curso de los ríos, los movimientos de los astros.
Y, sin embargo, pasan de largo de sí mismos.”*

San Agustín

Sobre la Trinidad [De Trinitate]

Esta obra se encuentra compuesta por quince libros sobre el núcleo principal de la fe cristiana, la fe en el Dios trinitario. Fue escrita en dos tiempos: entre los años 399 y 412 los primeros doce libros, publicados sin que Agustín lo supiera, quien finalmente los completó hacia el año 420, revisando la obra completa. En él reflexiona sobre el rostro de Dios y trata de comprender este misterio que es único, el único creador del mundo, de todos nosotros, y que sin embargo este Dios único es trinitario, un círculo de amor. Trata de comprender el misterio insondable: precisamente su ser trinitario, en tres Personas, es la unidad más real y profunda del único Dios.

Los quince libros que la componen se dividen en cinco grandes partes:

- 1) I al IV: testimonios de la Sagrada Escritura sobre la unidad y consubstancialidad de la Trinidad;
- 2) V al VII: doctrina de las relaciones como características diferenciadoras de las personas de la Trinidad;
- 3) VIII: el conocimiento de Dios mediante la verdad, bondad, justicia y amor;
- 4) IX al XIV: la imagen de la Trinidad en el hombre;
- 5) XV: resumen y retoques de la obra.



Escuela de Rubens, san Agustín medita sobre el misterio de la Trinidad.
Obra del siglo XVII. Museo del Prado, Madrid, España.

La historia de San Agustín con el niño es conocida por muchos. La misma surge del mucho tiempo que dedicó este gran santo y teólogo a reflexionar sobre el misterio de la Santísima Trinidad, de cómo tres personas diferentes podían constituir un único Dios.

Cuenta la historia que mientras Agustín paseaba un día por la playa, pensando en el misterio de la Trinidad, se encontró a un niño que había hecho un hoyo en la arena y con una concha llenaba el agujero con agua de mar. El niño corría hasta la orilla, llenaba la concha con agua de mar y la depositaba en el hoyo que había hecho en la arena. Viendo esto, San Agustín se detuvo y le preguntó por qué lo hacía, a lo que el pequeño le dijo que intentaba vaciar toda el agua del mar en el agujero en la arena. Al escucharlo, San Agustín dijo que eso era imposible, a lo que el niño respondió que si aquello era imposible hacer, más imposible aún era el tratar de descifrar el misterio de la Santísima Trinidad.

Otras obras

Menos difundidas, aunque igualmente originales y muy importantes son, además, las «*Retractaciones*» [Revisiones], redactadas en dos libros en torno al año 427, en las que san Agustín, ya anciano, hace una “revisión” de toda su obra escrita, dejando así un documento literario singular y sumamente precioso, pero al mismo tiempo una enseñanza de sinceridad y de humildad intelectual.

Sus «*obras sobre la Escritura*» tienen un volumen considerable. Aunque su conocimiento del griego no era excesivo, parece que además de usar las traducciones latinas disponibles, entre ellas la «*Vulgata*», también utilizó una revisión personal del texto latino de muchos libros de ambos testamentos, basándose para el Antiguo Testamento en la versión «*de los Setenta*» que, como otros muchos, consideraba inspirada.

Un escrito que podríamos llamar de introducción a la Sagrada Escritura es «*Sobre la doctrina cristiana*», donde trata de los conocimientos paganos que se precisan para poder estudiar la Biblia, de cómo hay que interpretarla y de su uso en la predicación, al mismo tiempo que propone un esquema de educación cristiana que aproveche también la cultura pagana. En cuanto a su interpretación, es interesante observar que mientras Agustín se suele ceñir al sentido literal en sus comentarios exegéticos y en sus obras polémicas, en cambio en la predicación prefiere claramente el método alegórico y el sentido místico.

Otra parte considerable de su actividad, tuvo que dirigirse a combatir los errores que más influían en África en sus días. Además de su libro «*Sobre las herejías*», donde hay un catálogo de casi 90, escribió al menos 13 obras contra los maniqueos y otra «*A Orosio contra los priscilianistas y los origenistas*», que va dirigida contra esta secta de Hispania, emparentada con la de los maniqueos; uno de los puntos fuertes de la argumentación de Agustín es que el mal no es un ser, sino sólo un no ser.

Contra los donatistas se conservan también varias obras, aunque se han perdido ocho; entre otras cosas insiste en ellas en que la eficacia de los sacramentos es independiente de la santidad del ministro. Contra los pelagianos tenemos doce obras, más otras cuatro que tratan también de la gracia divina. No faltan incluso tres títulos contra el arrianismo, por este tiempo refugiado ya sólo entre los pueblos bárbaros.

Entre sus obras sobre temas filosóficos, podemos mencionar «*Sobre lo bello y lo útil*», la había compuesto cuando enseñaba retórica en Cartago, y al tiempo de escribir sus «*Confesiones*» él mismo nos dice que se le había ya extraviado. Otras cuatro están escritas en Casiciaco, en los días que mediaron entre su conversión y su bautismo; presentan la forma de diálogos con sus amigos, y es probable que sean conversaciones reales retocadas posteriormente; dos llevan como título «*Contra los académicos*» y «*Sobre la vida feliz*», y en ellos rechaza el escepticismo e insiste en que la felicidad no consiste en buscar la verdad, sino en encontrarla, y en que esta verdad es Dios; los otros dos son «*Sobre el orden*», donde afronta el problema del origen del mal, y los «*Soliloquios*», que tratan fundamentalmente de la inmortalidad del alma. Encontrándose todavía en Roma escribió «*Sobre la cantidad del alma*», en la cual exponía la inmaterialidad de la misma, y recién llegado a África, escribe «*Sobre el maestro*», un discurso mantenido con su hijo Adeodato poco antes de la muerte de éste último.

A pesar de toda su humildad, Agustín fue ciertamente consciente de su propia talla intelectual. Pero para él era más importante llevar el mensaje cristiano a los sencillos que redactar grandes obras de elevado nivel teológico. Su intención más profunda, que le guió durante toda su vida, se puede ver en una carta escrita al colega Evodio, en la que le comunica la decisión de dejar de dictar por el momento los libros del «*De Trinitate*», “*pues son demasiado cansados y creo que pueden ser entendidos por unos pocos; hacen más falta textos que esperamos que sean útiles para muchos*” («*Epistulae*», 169, 1, 1). Por tanto, para él era más útil comunicar la fe de manera comprensible para todos, que escribir grandes obras teológicas.

En sus escritos hoy nosotros lo “encontramos vivo”. Cuando los leemos no tenemos la impresión de que sea un hombre muerto hace más o menos mil seiscientos años, sino que se siente como un hombre de hoy: un amigo, un contemporáneo que nos habla con su fe fresca y actual.

En san Agustín que nos habla, vemos la actualidad permanente de su fe, de la fe que viene de Cristo, del Verbo Eterno Encarnado, Hijo de Dios e Hijo del hombre. Y podemos ver que esta fe no es de ayer, aunque haya sido predicada ayer; es siempre actual, porque realmente **Cristo es ayer, hoy y para siempre**. Él es el Camino, la Verdad y la Vida. De este modo, san Agustín nos anima a confiar en este Cristo siempre vivo y a encontrar así el camino de la vida.

*“Que nadie diga: ” ¿para qué voy a ir a la iglesia?
Mira los que van todos los días..., no practican lo que oyen”... Sin embargo hacen algo: oír... Así algún
día podrán hacer las dos cosas: oír y practicar...
Pero tú..., ¿cómo vas a llegar a practicar si estás huyendo de escuchar?”*

San Agustín